

ANTE LA FOSILIZACION DE LAS DEHESAS EXTREMEÑAS

G. Montero
y J. M. Montoya

Para el nacido en Extremadura, como para el viajero que nos visita, la dehesa es al fin la imagen de nuestra tierra. Enormes extensiones onduladas cubiertas con un arbolato disperso que protege y da sombra a un ganado a veces de cerda durante la montanera, otras ovino merino (Extremadura, extremo del Duero meta invernada de trashumantes mesteños) y otras vacuno más o menos retinto que pastorea en una libertad envidiable.

Es difícil explicar lo que es exactamente una dehesa. Por tradición, por intuición cultural, a nosotros no se nos «despinta»; pero es sumamente raro que un extranjero del norte de Europa llegue a comprenderlo.

Ecosistema artificial, bosque cultural, integración del hombre en su ambiente, enraizamiento de costumbres... ¡absolutamente incomprensible! Las raíces de un pueblo como las de un árbol, existen, están ahí; pero son difícilmente detectables desde el exterior... ¡Qué más da!, están, son tuyas, le son útiles y forman parte inseparable de su ser. Quien no lo entienda, es sólo que quiere explicarlo todo, es que no sabe de poesía, es que olvida que la intuición, lo que se mama y muchas otras irracionales cosas son fuentes de conocimientos más reales, y más exactas muchas veces, que la pura razón.

Bravos, duros, ásperos, ferozmente heridos por podas, carboneados, extremeños al fin

(aunque disfrutando de su tierra), los árboles de la dehesa arbolada presiden, o mejor dicho sufren, solemne y pasivamente el acontecer de nuestra historia.

Dehesa arbolada. Ejército de árboles. Uno al lado de otro. Todos unidos en una tarea común. Una tarea de entrega. De ello sale la nutritiva bellota. Acuden en socorro del ganado con su eventual ramón. Sin temor a

La falta de regeneración hace que estas masas envejecidas terminen por desaparecer, y con ellas su influencia beneficiosa sobre el pasto, la protección al ganado y al suelo, la producción de bellota, y a veces, corcho, y finalmente desaparecerá el paisaje extremeño.

(Foto: G. Montero.)



La bellota y el pasto otoñal constituyen un excelente alimento para el ganado. No se ve regeneración.
(Foto: G. Montero.)



las heridas, ofrecen sus leñas a quien quiera recogerlas. Protegen firmemente el pasto de los ardores del verano, de las heladas de invierno. Abonan los suelos. Son el bravo y pacífico ejército extemeño.

Este ejército de árboles es imprescindible para la conservación de nuestros suelos frente a la erosión, frente a la combustión de su materia orgánica por el sol de nuestra «extrema y dura» tierra, frente al deterioro de su esponjosidad, frente al lavado de sus sustancias, etc. También es imprescindible para la conservación y mejora de la diversidad y la calidad de la flora de nuestros pastos, para nuestra fauna, para el amparo de nuestro ganado. ¡Cuántas páginas podrían escribirse sobre este tema! Y esto, sin entrar en su formidable influencia en el ciclo del agua, en ese agua que tanto necesitan nuestros embalses y que, conforme avanza la desertificación inducida por el hombre, escasea cada día más. Aguas que ya no vienen como antes, aguas que ya no fluyen por ríos y arroyos como antaño, embalses secos, y todo el mundo piensa en soluciones, todo el mundo tiene prisa, todos se apuntan tantos, y nadie piensa en el porqué de las cosas, nadie investiga en el verdadero fondo de la cuestión, nadie dice: ¡cuanto debíamos al árbol!

Pero un ejército, de hombres o de árboles, no es capaz de perpetuarse, no es capaz de reproducirse, no es capaz de regenerarse si no se integra con un pueblo. Un ejército aislado es un ejército fósil. Una baja hoy otra mañana y terminará por desaparecer (roturaciones, descuajes, plagas, la pura vejez).

Esa es la situación actual de la dehesa extremeña. Ausente la regeneración, estos bosques mediterráneos, formados hoy sólo por viejos árboles adultos, son puros ejércitos de árboles. *Bosques fósiles* abocados a desaparecer. Y esa regeneración no existe sólo por un aprovechamiento abusivo, que mediante el arado, el pastoreo desordenado, etc., impide toda regeneración nueva, pese a que nuestro medio es evidentemente muy apto para la misma. El aprovechamiento abusivo, desbordando a sus naturales potencialidades productivas, es pues la causa de la fosilización de la dehesa.

Un bosque, como un pueblo, es un organismo vivo que precisa regenerarse. Sin árboles jóvenes, sin pequeñas encinas o alcornoques queda fósil, está allí; pero es sólo un testigo del ser vivo que



El árbol protege al ganado y al pasto de las inclemencias climáticas. (Goto: G. Montero.)

en tiempos fue.

Un bosque debe ser un pueblo en pie de guerra, una parte de ese pueblo lucha al servicio de la *supervivencia* (¡sagrada función del arbolado!), otra asegura el futuro con sus hijos. La necesidad de separar las áreas en producción de las áreas en regeneración es evidente. Sin esto el futuro no existe, el bosque se fosiliza primero y desaparece después, la conservación del sistema dehesa se ve así amenazada, con ello la fauna, la flora, la ganadería, ¡nuestra cultura!, y un largo etcétera, fenecerán.

Si pensamos en las miles de hectáreas de dehesas perdidas por descuajes diversos: regadíos, roturaciones, teóricas «mejoras» de pastizales, etc, y añadimos esta «mortalidad oculta» del 1 por 100 anual de nuestros árboles como consecuencia del citado proceso de fosilización, podremos afirmar que seremos juzgados por la historia como la generación que derrochó la herencia ecológica y cultural que recibió, la generación que condujo sus hijos hacia el hambre y el desierto, la generación que secó Extremadura.

Transformar en dehesas vivas las dehesas fósiles parece un deber urgente para la Extremadura que hoy mira ilusionada hacia el futuro. Un deber ecológico; pero también un deber legal, *extremadamente legal*; aunque cuidadosamente olvidado. Mas, y no es exagerar, *es un deber constitucional ecológicamente ineludible* hoy.

Apóyese técnica y económicamente a la dehesa, para asegurar su conservación, ordénese su pastoreo y el resto de sus aprovechamientos, y sobre todo, procédase a su urgente regeneración. ■